

## SIETE GRANDES PONTIFICES CONTEMPORANEOS

**L**OS cristianos, ante la elección de una autoridad eclesiástica, no podemos conformarnos con el simple y equivocado razonamiento de la «inspiración» divina. En el Papa, concretamente, lo que Dios garantiza es que en sus solemnes decisiones, como Pastor universal, y en materia de dogma o moral, no puede incurrir en error. Y esto no lo es todo para la marcha y orientación de la Iglesia.

Un sabio erudito puede hallar multitud de datos reales sobre un asunto banal. Y por poco interesante y sin importancia que sea el tema, no podemos afirmar que haya habido error en su vasto estudio, al que quizá ha dedicado una buena parte de su vida. Sin embargo, eso nos ha servido de muy poco.

Así ha podido ocurrir, en ocasiones, en la larga historia de los Papas: Dios les preserva del error, pero no avala su acierto en todo. No se equivocarán en lo fundamental, pero el Espíritu Santo no les garantiza el acierto en todas y cada una de sus orientaciones sobre el mundo actual. Como dice un teólogo: «el dogma de la infalibilidad es muy modesto».

Esa es la doctrina dogmática del primer Concilio Vaticano. A algunos les parece un poco sutil; pero la verdad es que resulta muy realista. Con ella se explican los fallos que puedan haber existido en la historia de los Papas, no sólo por ser hombres pecadores, sino, a veces, por no haber sido bastante inteligentes para comprender la realidad.

Al final, sin embargo, sabemos que, en lo esencial, no naufragará la nave de Pedro, porque Dios le ha prometido no sólo la infalibilidad, sino la indefectibilidad fundamental y de base.

**A** veces estamos tan ignorantes de las enseñanzas oficiales de la Iglesia, que creamos un clima de opresión en nosotros mismos, o en los demás, que no corresponde a la realidad histórica. La Iglesia es mucho más abierta de lo que se piensa; pero para verla se necesitan dos cosas: una perspectiva de la historia un poco amplia, que no esté demasiado ceñida a una sola época, y un punto de vista sereno y ausente de toda parcialidad partidista.

Por esta causa pudo sorprender tanto la afirmación que hizo Pío XII en la inauguración del II Congreso Mundial para el Apostolado de los Seglares, diciendo: «si un laico

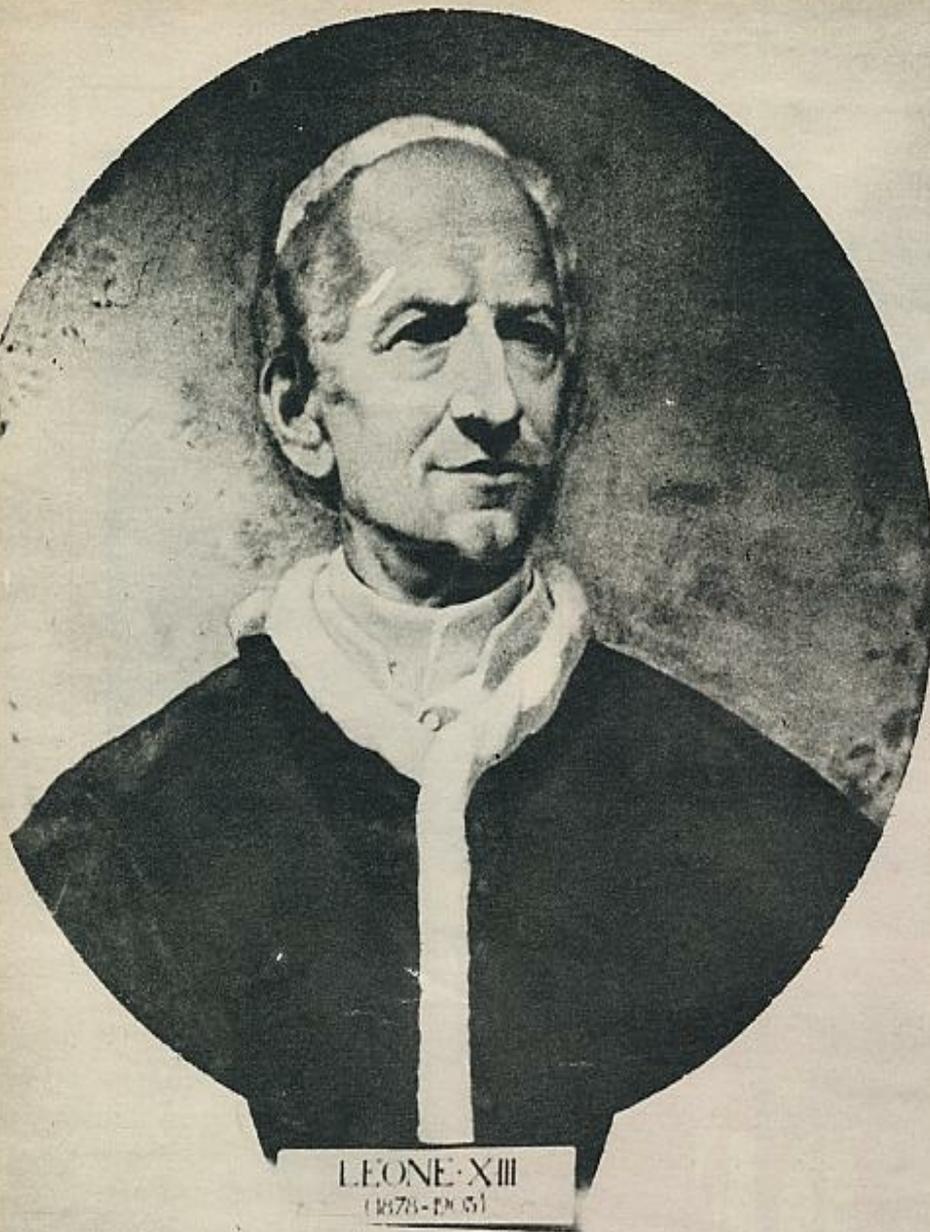
Por  
**ENRIQUE  
MIRET  
MAGDALENA**



PIO IX (1846-1878) FUE UN SOBERANO TEMPORAL, ENFRENTÁNDOSE CON EL ANTICLERICALISMO DE LA ÉPOCA.

# DE PIO IX A JUAN XXIII

## DE PIO IX A



LEON XIII (1878-1903) PAPA EMINENTEMENTE SOCIAL. PUBLICO LA «RERUM NOVARUM», CARTA MAGNA DE LOS OBREROS.

fuese elegido Papa... el poder de enseñar y gobernar, así como el carisma de la infalibilidad, le serían concedidos en el momento mismo de su aceptación, incluso antes de que se ordenase sacerdote».

¿Es que ha habido Papas que fueron laicos? No se sabe de ninguno con certeza; pero sí se conoce un Sumo Pontífice que no fue sacerdote, pues sólo llegó a simple diácono. Fue Adriano V, que gobernó la Iglesia Universal durante cinco meses, en 1276, sin estar ordenado de presbítero, como recuerda el especialista P. Bouüssé, O. P., en su trabajo sobre el «Sacerdocio Cristiano».

**A** Pio IX, por ejemplo, siempre se le ha visto como un Papa retrógrado, olvidando que cuando le eligieron, a la muerte de Gregorio XVI, en 1846, tenía fama de hombre liberal y muy popular en los ambientes italianos avanzados. Lo que ocurrió es que mezclado el Papa en las luchas políticas italianas, por ser soberano temporal de sus Estados Pontificios (entonces bastante más vastos que ahora), fue perdiendo popularidad, y se encontró obligado a luchar contra el profundo anticlericalismo que, con el nombre de liberalismo, iba propagándose en toda Italia.

Se le ve como un Papa inquisitorial, que publicó un terrible y anacrónico catálogo de errores, llamado *Syllabus*, entre los que figuraba aquella famosa condena, de que el Romano Pontífice pudiera

reconciliarse «con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna».

Pero esto nos ocurre por olvidar «el estudio de las circunstancias que han dado ocasión a la enseñanza» (Paul Nau, O.S.B.). Y lo que para nosotros suena bien, como es la palabra progreso o la civilización moderna, entonces eran sinónimos de anticlericalismo contrario a la religión de Cristo, y de racionalismo ateo, perseguidor ideológico del cristianismo. Las mismas palabras, según las épocas, pueden expresar ideas muy distintas.

Por eso Dupanloup, el obispo francés tan abierto, publicó una explicación razonada y matizada del *Syllabus*, que, aprobada por Pio IX, dejó de escandalizar a los asustadizos que creían se iba a volver al período de la Inquisición.

En su pontificado surgen varios seculares teólogos, que son amparados por este Papa «intransigente». Y no creamos que sólo alaba a los conservadores como el fogoso Veillot, director del periódico «El Universo», sino al pensador y biólogo Mivart, defensor de la teoría evolucionista.

Cuando algunos quisieron que condenase a este profesor inglés por sus ideas científicas y filosóficas, favorables a la evolución material de las especies animales, y hasta del cuerpo humano, se apresuró a llamarle a Roma para concederle una condecoración pontificia por sus trabajos.

En su época se dio un caso bien curioso: un

profesor de Teología dogmática en un Seminario inglés. Se llamaba este excelente padre de familia, W. G. Ward, y enseñaba dogma a los seminaristas de San Edmundo. Algunos eclesiásticos, demasiado celosos de su dignidad, le plantearon el problema a Pio IX, haciéndole observar que no parecía adecuado que un hombre casado, y con hijos, enseñase teología a los seminaristas. Entonces el Papa les contestó: «No sabía yo que el hecho de haber recibido un sacramento, como el del matrimonio, incapacitase para enseñar dogma».

Es cierto, sin embargo, que al final de su vida, cuando se celebró el Concilio Vaticano I, se produjo un ambiente excesivamente tenso en torno a la autoridad pontificia, y el Papa se dejó impresionar demasiado por la polémica en torno a los derechos del Romano Pontífice, volviéndose suspicaz. Pero leyendo las actas y decretos del Concilio no se ve ninguna exageración, sino la más pura doctrina tradicional, expresada correctamente, aunque por desgracia de una manera incompleta, por haberse tenido que suspender el Concilio ante la situación política italiana, producida al perder el Papa sus Estados Pontificios totalmente (salvo el pequeño recinto del Vaticano).

**V**IENE León XIII, como sucesor, en gran señor. El cardenal Pecci es un aristócrata, en el sentido espiritual de la palabra. Por eso sus encíclicas tienen una categoría intelectual superior a la que, hasta entonces, habían tenido esta clase de documentos.

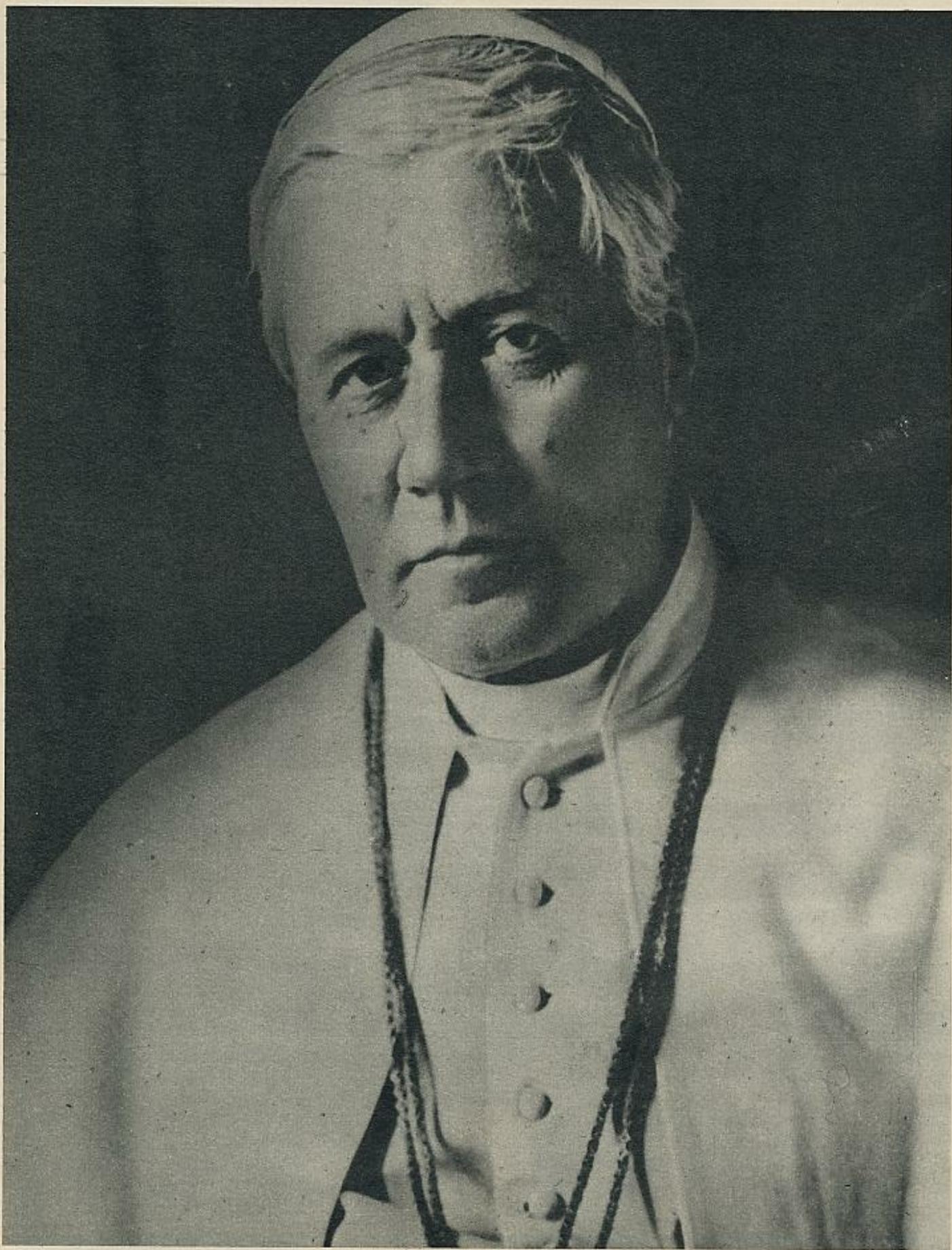
Pero cosa curiosa, este Papa, de maneras distantes, es el primero que cae en la cuenta de la gravedad del problema social y publica, en 1891, la carta magna de los obreros, la encíclica «*Rerum Novarum*».

A algunos que hoy la leen, sin perspectiva histórica, quizá les parezca poco avanzada; pero esto sería olvidar el ambiente que existía entonces en los medios eclesiásticos y oficialmente católicos, y el avance que supuso este documento papal. Un obispo francés, tres meses antes de salir la encíclica, protestó en la Cámara francesa contra una ley que reglamentaba el trabajo de mujeres y niños. Y una gran parte de los seculares católicos que componen, en 1876, la Asamblea Nacional francesa no quieren aceptar el reposo semanal de los obreros. Por eso no es de extrañar que en un país católico se rezara para que Dios preservase al Papa de caer en el comunismo, con motivo de este documento social.

León XIII es el Papa que aconseja a los católicos franceses que acepten la República, a pesar de su signo poco favorable al catolicismo, y les pide que laboren por la religión desde ella. No quiere esto decir que el Papa se ingiera en lo que no le corresponde. El mundo de los problemas temporales escapa a la autoridad eclesiástica. Esta sólo puede «establecer las normas y principios de moralidad, incluso en el campo económico y social, pero dejando la organización técnica y las aplicaciones concretas a los que en la vida cívica y social tienen competencia y misión para ello» (carta colectiva del episcopado holandés, 1953). León XIII no se sale de los estrictos límites de su misión religiosa y moral; pero desea ayudar a los católicos con sus consejos desprendidos. No es, sin embargo, escuchado, y la República francesa será durante muchos años fermento de laicismo anticatólico.

**C**UANDO llega inesperadamente Pio X al solio pontificio cuentan que durante el Cónclave dos cardenales franceses se dirigen a él en su idioma galo, y el futuro Papa les contesta en latín. Entonces los dos prelatos del vecino país, acostumbrados a la cultura de León XIII, comentan: «un cardenal que no sabe francés no puede ser Papa». Y, sin embargo, el sencillo y paternal cardenal Sarto (muy semejante en su carácter a Juan XXIII, aunque su pontificado haya parecido tan distinto) es elegido Papa en unos momentos

# JUAN XXIII



PIO X (1903-1914). DISCUTIDO POR SU FIRMEZA, HA SIDO EL UNICO PAPA DE NUESTRO SIGLO QUE, HASTA AHORA, HA ALCANZADO LA GLORIA DE LA SANTIFICACION.



BENEDICTO XV (1914-1922). EL PAPA DE LA PAZ Y EL DESARME, NO ESCUCHADO POR NADIE, PERO EN EL QUE SE ENCUENTRAN IDEAS MUY QUERIDAS POR PIO XII Y JUAN XXIII.

# DE PIO IX A JUAN XXIII

difíciles y delicados para la Iglesia. El problema político italiano, el laicismo anticatólico, el anticlericalismo triunfante, las corrientes de pensamiento heterodoxo en varios profesores y escritores católicos, son factores alarmantes en aquel tiempo.

Pío X ha parecido demasiado rígido en sus posturas; algunos incluso le han tomado como patrono de su retrógrada manera de pensar. Pero a unos y otros les falta una visión de conjunto de su pontificado. Este Papa no tiene más remedio que acudir a la brecha de la polémica teológica sobre la herejía naciente que se ha llamado «modernismo».

Pero no entendemos por esta palabra lo que algunos suelen entender hoy: afán de estar al día y de adaptar legítimamente la Iglesia a las necesidades de los tiempos. La herejía «modernista» es otra cosa: lo que pretendía era la imposible tarea de vaciar la religión de su profundo contenido real, para convertirla en una sutil vivencia sentimental e imaginativa. En una palabra, querían conservar sus favores el lenguaje religioso; pero Loisy, Tyrrell y tantos otros, estaban destruyendo la verdad de la religión, sustituyéndola por un sueño romántico sin consistencia.

Ante eso era natural que el Papa —un hombre profunda y sinceramente religioso— respondiera con energía. Y dicen que encargó la preparación de una encíclica, condenando estos errores, a un jesuita francés, que León XIII había llevado de profesor de dogma a Roma: el Padre Billot. La verdad es que este documento, titulado «Pascendi dominici gregis», es un escrito profundo, no exento de humor algunas veces, que dio el golpe de gracia a la naciente, pero ya extendida, herejía.

Sin embargo, las reacciones —como después de cincuenta años pueden apreciarse— fueron excesivas. Se creó una «psicosis» de herejía, y todos querían ver errores donde no los había. Nadie había tenido la serenidad de ver las cosas en el elevado plano en que se colocaba el Papa. Y esta situación duró casi hasta el año 1930; aunque, en buena parte, Benedicto XV, en su breve pontificado, distendió algunas situaciones hacia el período de la Gran Guerra del 14 al 18.

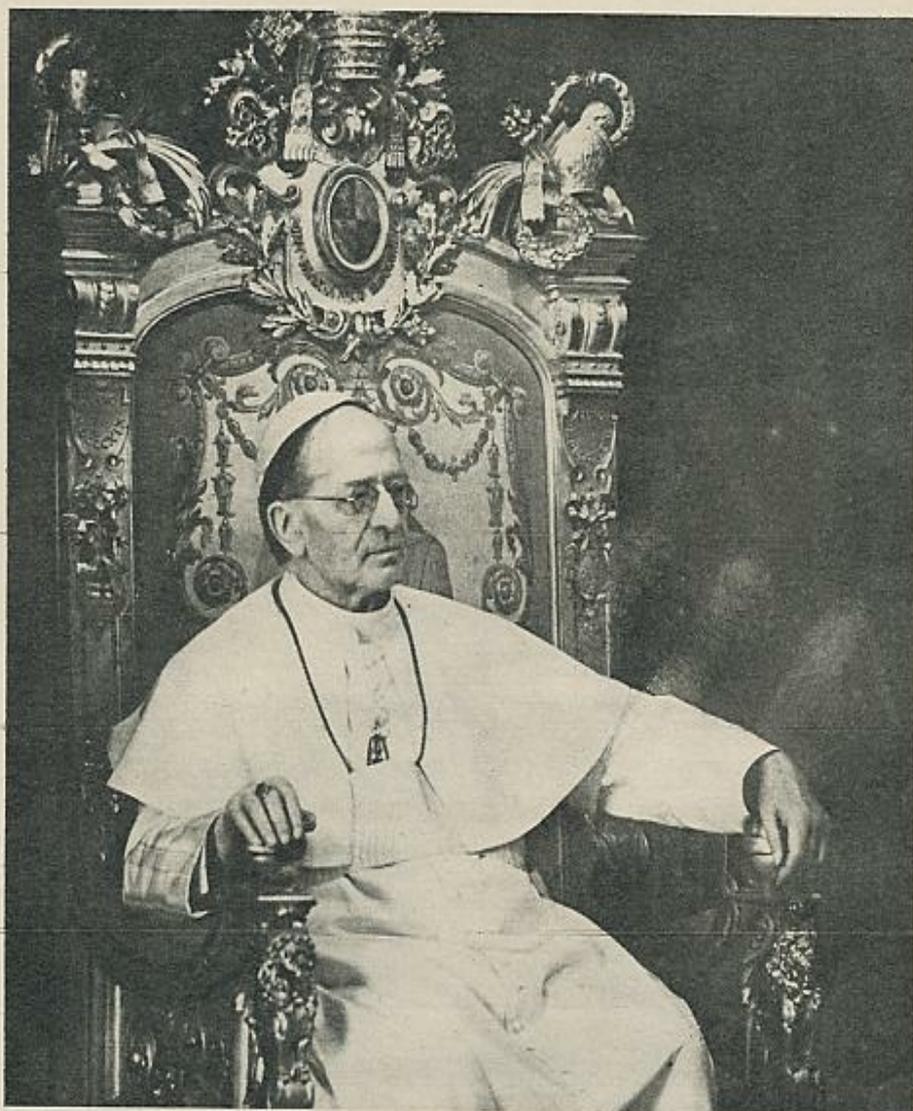
Otro acto muy sonado de Pío X, por su repercusión, fue la condenación del movimiento, promovido por el católico francés Sangnier, titulado «Le Sillón». Pero —como casi todos los actos de este gran Papa— fue muy mal entendido.

El Pontífice, que había subido al Solio por el veto que un Gobierno católico puso al cardenal Rampolla, quería evitar en el futuro los confusionismos entre religión y política. Su idea era que: «no se puede exigir a nadie la entrada en un partido político determinado, con exclusión de otros, presionándole para ello, diciendo que existe obligación de conciencia, pues no se puede sostener que nadie esté obligado a renunciar a sus honradas convicciones políticas propias, ya que en materia puramente política están permitidas opiniones diversas, tanto sobre el origen inmediato del poder civil como sobre su ejercicio y sobre las distintas formas de gobierno».

Por eso, cuando Sangnier quería, de buena fe, hacer ver que en los tiempos modernos se tenía que enfeudar el catolicismo en una determinada forma de gobierno, como si fuera la única coherente con el cristianismo, el Papa condenó tal tendencia, no porque fuese democrática, sino porque excluía cualquier otra forma que fuese legítima, desde el punto de vista cristiano; obligando casi a la Iglesia, estos celosos apóstoles seculares, a hacer una declaración política.

Pío X fue un santo, cuya figura conviene estudiarla a la luz de muchos de sus flexibles principios que, no se sabe por qué, han sido olvidados sistemáticamente.

En su vida tenemos ejemplos de que, en buena parte, tuvo como norte aquella máxima que este «retrógrado» Papa recomendó a todos los católicos: «hoy es imposible restablecer en la misma forma todas las instituciones que han podido ser útiles y las únicas eficaces en siglos pasados...», «la Iglesia



PIO XI (1922-1939). EL PAPA DE LA ENERGÍA, LA ACTIVIDAD Y LA INTELIGENCIA APLICADA A LAS NECESIDADES DEL SIGLO.

en su larga historia ha demostrado, siempre y en toda ocasión, que posee una maravillosa virtud de adaptación».

Cuando subió al Solio pontificio le recordaron las prescripciones sobre la necesidad de comer solo el Pontífice. León XIII había sido riguroso en eso, llegando incluso a extremos exagerados a nuestros ojos actuales. Pero este Papa, sencillo, hizo lo mismo que luego volvió a repetir Juan XXIII: sentó a su mesa a quien quiso, sin protocolo alguno. Y lo que, en una pequeña anécdota revela su carácter tan poco formalista y tan flexible, debió haber sido mejor entendido por quienes durante años han puesto su atención solamente en los aspectos negativos y aparentemente rígidos de este Papa santo. Este Pontífice fue también quien saltó por encima de una costumbre de siglos, y permitió a todos la comunión frecuente y cotidiana, a pesar de lo que decían los ascetas y canonistas.

**B**ENEDICTO XV es una figura muy distinta. Más parecido a León XIII, ha sido contrapuesto a la «rigidez» doctrinal de San Pío X. Incluso los «integristas» han ayudado a esta interpretación, al no querer citar nunca las abiertas frases de este Papa, de tan breve pontificado, que proclamó: «no hay necesidad de añadir calificativos para significar la profesión católica», y en las «disputas

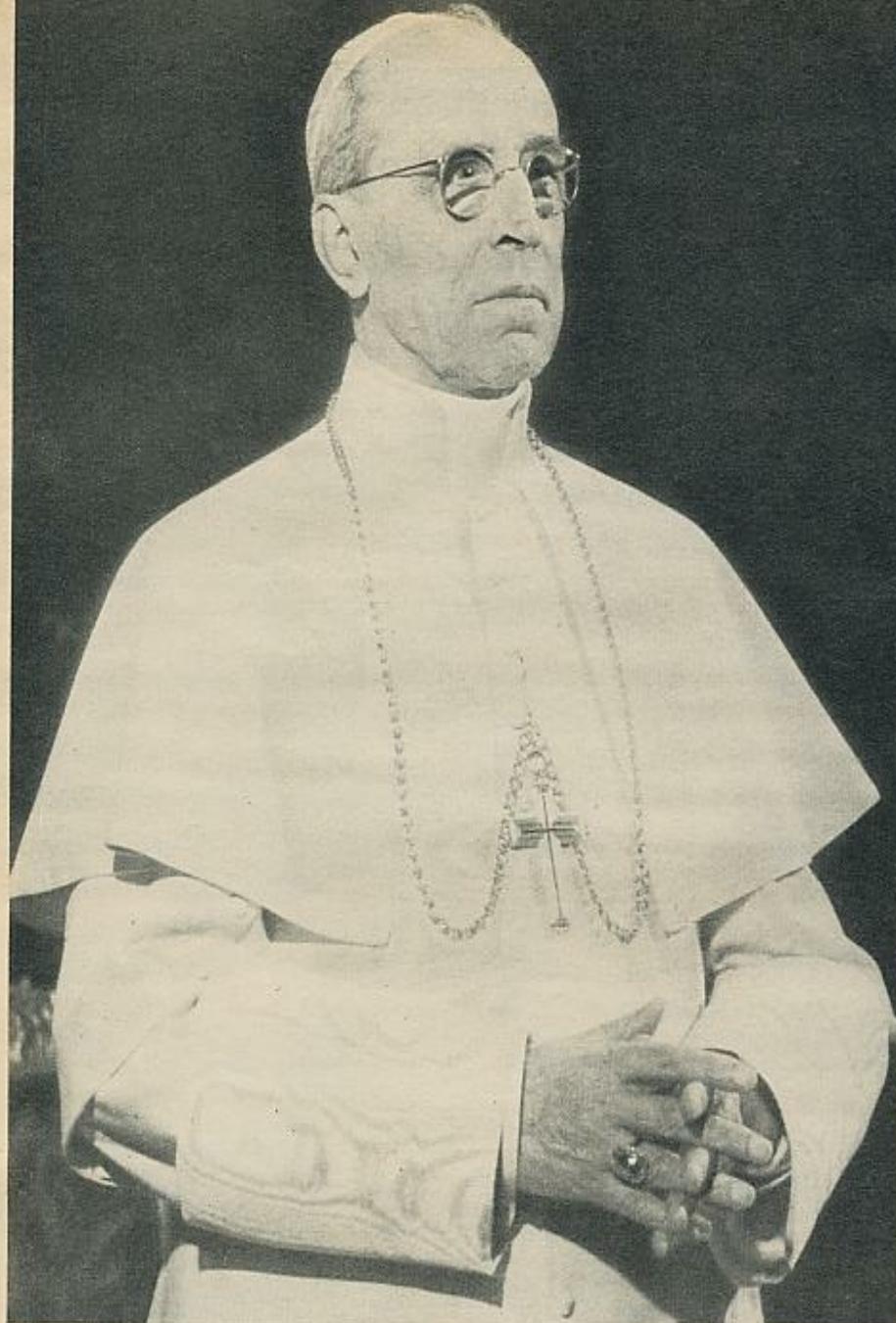
húyase de toda intemperancia de lenguajes» entre los católicos, «defendiendo cada uno con libertad su opinión» en materias discutibles, «mientras la Sede apostólica no emita su juicio», y «no acusando a los contrarios, sólo por esta causa, de fe sospechosa o de falta de disciplina».

Es el Papa de la paz y del desarme, que no es escuchado por nadie; pero en el que se encuentran algunas de las ideas más queridas por Pío XII y Juan XXIII sobre la paz entre las naciones.

**P**IO XI es el Papa de la energía, la actividad y la inteligencia aplicada a las nuevas necesidades del siglo XX. Es quien hace posible todo lo que Pío XII y Juan XXIII han realizado.

Promueve el apostolado moderno secolar, creando una nueva Acción Católica. Posibilita la expansión de la Iglesia por las misiones. Adopta una postura de radical independencia con los poderes políticos, luchando contra los extremos anticristianos: el comunismo ruso y el racismo alemán. Es el Papa que no tiene inconveniente en condenar un movimiento de derechas —La Acción Francesa—, después de haber condenado Pío X uno de izquierdas, «Le Sillón». Es quien termina con la postura digna, pero estéril, de desconocer al Gobierno italiano, usurpador de los Estados vaticanos, firmando con Mussolini el Tratado de Letrán. Es el Papa que defiende

## DE PIO IX A



PIO XII (1939-1958). EL PAPA ESPIRITUAL Y DIPLOMATICO QUE SE ENFRENTÓ CON LA GUERRA Y LAS IDEOLOGÍAS EXTREMAS.

a la Acción Católica italiana de los ataques del partido fascista, publicando una encíclica que deja impresionado al mundo por su valentía, la «*Nom abbiamo bisogno*». Es el que, después de haber proscrito en su tiempo León XIII la rebelión armada, casi anima a los «cristeros» mejicanos a defenderse con las armas contra la tiranía antirreligiosa del Gobierno. Es quien, ante los excesos anticristianos, aunque muchos no lo comprendan así y equivocadamente esperan que sea el Führer alemán el salvador de la civilización de Occidente.

**L**EGA su sucesor Pío XII en un momento delicadísimo: la guerra mundial se avecina, y no hay medio de pararla. Lo que tanto temía Pío XI se produce a los pocos meses. Es cuando vemos imponerse la gigante figura espiritual de este intelectual y diplomático, con sus admirables mensajes navideños. Este Papa, al comprender la dificultad de difundir su doctrina entre los pueblos en guerra, utiliza un nuevo camino de comunicación con sus fieles: la radio. Seguramente, cuando pasen unos años quedará de su obra, sobre todo, estos discursos que la guerra le inspiró sobre el «nuevo orden» que vislumbraba para el mundo; coronados por el magnífico Mensaje sobre la «su-

pranacionalidad de la Iglesia», el año que terminó la Guerra Mundial.

A éstos se añadirán: la encíclica sobre los estudios bíblicos, quizá el documento teológico más positivo en lo que va de siglo, y sus discursos a las diversas profesiones, que preparan la línea de esa espiritualidad del secler, atento a sus responsabilidades en el mundo, que ha respaldado totalmente Juan XXIII.

Pío XII es el Papa que se agotó en su lucha por la paz, aunque supo sobreponerse con una entera y noble actitud a las más dolorosas situaciones, como ocurrió cuando la invasión germana en Italia. Dicen que el Führer quería visitar al Papa, y al enterarse Pío XII contestó que no solamente no le recibiría, sino que estaba dispuesto a ir a un campo de concentración, bridiéndose a ser una víctima más de su megalomanía. En los últimos años de su vida pierde el tono optimista y lleno de esperanza futura, y se vuelve más retraído y apocalíptico. No obstante, su obra, grandiosa hasta pocos años antes de su muerte, está ahí.

**A** Pío XII se le podría llamar —aunque quizá a él no le gustase— el Papa de la «emancipación de los secleres». Sus discursos a los dos Congresos de Apostolado de los Secleres y el discurso sobre la opinión pública en la Igle-

sia, aunque critican esta expresión de «emancipación», sólo lo hace por el aspecto restringido que tiene en boca de quienes la usan. El creía que, en general, la Iglesia siempre había tratado a los secleres como «mayores de edad», aunque en estos tiempos lo hacía más especialmente.

El Papa Juan XXIII, sin embargo, da un paso más adelante y nos libera a los secleres de lo que yo llamaría el «clericalismo teológico». Pío XI y Pío XII habían reprobado el clericalismo, ese ingerirse el clero indebidamente en el campo de la técnica y la organización concreta de nuestro mundo; pero todavía seguía el secler católico sometido de hecho, en parte, al autoritarismo rígido de la ciencia teológica, como si fuese un campo de actividad específicamente clerical.

Aunque antes hemos puesto ejemplos de lo contrario, que ya esbozan esta línea, se partía en ocasiones del principio que las encíclicas y discursos de los Papas deben ser estudiados primero por los teólogos, para que los secleres los entiendan verdaderamente. Esta es la doctrina, implícita al menos en algunos autores. Pero la última y más clara expresión es la del libro del Padre de Soras, S. J., contra el «integrismo» del movimiento católico titulado «La ciudad católica».

Es interesante y digna de reflexión su postura. Como teólogo avanzado, parece querer adoptar posiciones amplias; pero, cosa curiosa, critica a la famosa «Ciudad Católica» no sólo por sus ideas de fondo, sino por la incompetencia de los secleres para poder entender las encíclicas pontificias, sin ir a ellas por intermedio de los teólogos. Sin entrar en la polémica contra ese grupo de cristianos, no deje de chocar esta actitud con la de Juan XXIII en su «*Pacem in terris*» (preludiada ya por Pío XII en sus discursos). Un documento con tantos matices, y de tan delicado contenido, es dirigido tanto a los obispos como a los fieles, e incluso a todos los hombres de buena voluntad. El Papa piensa que basta el buen sentido para comprenderle. Y lo mismo ocurre con casi todos los documentos y discursos de los Papas. No se trata de inventar ingeniosas hipótesis para entenderlos, sino recordar solamente dos cosas: 1.º, que el lenguaje, la mayor parte de las veces, es popular y no técnico, y 2.º, que para situar un documento de este género en su contexto histórico sólo hace falta un poco de historia y de buen sentido.

Ya había dicho Pío XII que la Interpretación auténtica del depósito de la Revelación no lo ha confiado Dios «a cada uno de los fieles, ni aun a los teólogos, sino sólo al Magisterio de la Iglesia», el cual está compuesto, por derecho divino, por el Papa y los obispos en comunión con él. «Las opiniones personales de los teólogos valen tanto cuanto valen las razones que alegan... Creo en Dios, que revela, y no en las opiniones de los teólogos.» (Cardenal Siri.)

Con el Papa de la libertad ha soplado un nuevo viento a los ojos humanos, dentro de la Iglesia; viento que viene del Espíritu Santo, Juan XXIII es quien ha sabido dar el broche de oro a esa dignidad secler, que el Papa Pío XII resumía así: «hombres ufanos de su dignidad personal y de su sana libertad», con «un convencimiento cada vez más claro no sólo de que pertenecen a la Iglesia, sino de que son la Iglesia».

E. M. M.

### TRIUNFO en Roma

Nuestro ilustre colaborador, don Enrique Miret Magdalena, se ha trasladado a Roma, desde donde informará ampliamente de las trascendentales reuniones del Cónclave. TRIUNFO ha querido ofrecer a sus lectores una versión directa del ambiente que se vive estos días en la ciudad del Vaticano.

# JUAN XXIII



JUAN XXIII (1958-1963). ES EL PAPA DE LA LIBERTAD Y EL CONCILIO, DEL DIALOGO Y LAS ENCICLICAS «MATER ET MAGISTRA» Y «PACEM IN TERRIS»